

Ciudad de tres espejos.

Una obra de Saúl Enríquez.

Obra escrita para la compañía "TATUAS"

México en Escena 2017.

Inspirada sobre historias, testimonios y sensaciones de la compañía:

TATUAS.

El punto de partida fue Culiacán.

*"Buscar y saber reconocer quién y qué,
en medio del infierno, no es infierno,
y hacer que dure, y dejarle espacio"*

Ciudades invisibles/ Ítalo Calvino.

CAPITULO 1.

I.

Lo que uno cree ser.

Mire, yo le voy a decir una cosa:

y quiero que lo entienda porque no se trata de pelearse con eso...

puede pelearse y puede no estar de acuerdo, pero es así...

En esta ciudad uno nace con temperamento feroz.

Uno es bautizado en tres ríos de tierra y puesto en piso a merced del sol que derretirá sus ojos para que le salgan otros nuevos. Otros ojos con los que aprenderá a mirar dos cosas: La ansiedad que se dispara desde el pacífico para romper esta tierra y hacer nacer un árbol torcido junto a un río seco.

Y el pasado: una avispa de fuego que se esconde en el corazón de los que aquí vivimos.

Del veneno rojo en su corazón, solo pueden surgir dos cosas: un encabronamiento natural, que utilizará con orgullo, pero que inevitablemente estallará sobre lo que usted ama.

O, sucederá en algunos casos: El dolor le hará brotar un alma grande: un toro herido y sangrante, dispuesto derrumbar lo que uno cree que es...

II.

La ciudad de arriba.

Ellos miraban las nubes.

Esto era una lomita verde.

Lleno de árboles de mango, tomates silvestres, Caimitos, lichis y ciruelas.

Hacía mucho calor.

Pero llovía un chingo.

Eso lo compensaba.

Refrescábamos nuestros pies con el agua que bajaba por las calles de piedra.

¿Te acuerdas?

Nos sentábamos afuera de nuestras puertas a ver a los niños volar.

Y a las mariposas correr.

Pronto, construimos una ciudad.

Un teatro, una universidad, una plaza llena de paraguas.

Para escondernos del sol.

Un estadio de béisbol, un banco, una tienda de helados... y 3 cantinas.

Puentes para cruzar los ríos.

Uy, Los ríos. ¿Te acuerdas?

Con agua. Agua fresca.

Una iglesia, dirigida por personas buenas.
El que quería rezar, lo hacía sin pagar.

Construimos una central camionera, una estación de trenes, a la que nunca llegaron las máquinas... Pero teníamos nuestra pinche estación, con boletos a ninguna parte...Porque nadie quería irse.

¿Pa qué?

Nos hicimos ciudad, pronto.
Tuvimos que tirar arboles hermosos para construir edificios.
Como dictan las reglas del progreso:
Destruir lo viejo, para construir lo nuevo.
Nos chingamos al pasado.

Pero nosotros ya éramos una ciudad nueva.

Próspera...Fueron buenos tiempos... cortos, pero buenos.

Fue, por estas fechas.
Unos añitos atrás.
Que cambió.
Para mal.

Ay, ni me lo recuerdes...

Antes de esto que le voy a contar...
Resulta que 17 días antes... No llovía. Ni una gota... pero nadie daba cuenta de ello.
Las tragedias, nacen en los días soleados.

Yo sí lo noté, yo les dije:
Oigan, hace 17 días que no llueve.

¿Me va a dejar hablar o qué?

Ándele, cuente, cuente.

Fíjense bien...Todo comenzó con una bala.

Una bala que vino de las nubes.

De verdad, de las nubes.

Una bala.

Nomás una.

¿Pa qué querías más?

Cayó, justo en medio del parque de béisbol.

Al centro del pinchi diamante

Casa llena.

Estadio lleno.

-Fecha actual-

Ciudad Nueva Vs Los aguachiles.

La comida típica de allá, del, del otro equipo...

Fíjese...La bala cae...

De las nubes, plebes, de las nubes.

Justo en el pecho del segunda base.

Un momento después de atrapar un riflazo del cuarto bat.

El muy mamón. Con el guante levantado... celebrando.

Chíngale.

Ahí tienes que le da en el pecho...

Y cae.

Fulminado...

Como tapete de tigre blanco.

Ahí tienes que suelta la pelota...

El silencio, batos... el silencio.

La lupita se levanta entre el público.

¡Corran a *home* hijos de la chingada!

Y ahí van, tratando de anotar la carrera.

Saltando al pobre compa.

Pero a ver, a ver, a ver...

No creas que eran unos insensibles.

Lo que pasa, es que nadie sabía que el segunda base ya tenía una bala en el corazón.

Se lo reventó.

Porque no había sangre... ni una sola gota.

Limpia la bala.

Limpio el césped verde.

El bato ahí, con el guante en el pecho, la pelota al lado

Y el corazón *agujereado*.

Ahí.

Llega hasta él, la mascota del equipo...

La Fanny, que se da cuenta.

Mira el agujero ...Oh, pues, en buena onda...

La Fanny, Nomás manoteaba.

Las mascotas del beis, no hablan Plebe.

¡Fue una bala! Traduce, el ampáyer.

Silencio.

Y la Fanny, con gestos, nos hace entender que al compa ya se lo había llevado al chingada.

¿Quién fue cabrones?, Grita el Chino Ley.

El manager, Plebe.

Nadie.

Todos levantaron sus armas, como diciendo:

Yo no fui.

Ah, porque eso sí. Todos en esta ciudad tenían armas, para qué, no sé. Pero tenían armas.

Pos pa hacer ruido nomás, cuando tenían algo que celebrar aventaban tiros.

¡El que tenga la pistola caliente!

Grita el bato de barba blanca, con sombrero y lentes.

Aistan, todos revisándose las pistolas... Oh, pues, en buena onda.

Nadie.

Ah, jijuelashingada.

Ah, jijuelashingada.

Ah, jijuelashingada.

Decían.

Todos así, en el estadio.

Ah, jijuelashingada.

Pos que va cayendo otra bala. Nadie la vio, eso lo supimos después.

Que va cayendo otra bala. Una bala chiquita.

De las nubes, plebe, de las nubes.

Una bala chiquita, de este tamaño.

Cae en la barriga de un morrito.

El pequeño martín, un gordito muy simpático.

Y el morrito, tiene tiempo de voltear, sonreír a sus padres y acostarse en una butaca... cierra los ojillos.

Y ahí quedó.

Como dormido.

Pero pa siempre.

Ojalá en medio de un sueño bonito.

N´ombre hubieras visto a la madre. El llanto ahogado de una mujer.

Todos *así*, mire:

Patidifusos.

¿Eso qué?

Así se dice, viejillo ignorante.

Y en medio de ese silencio, escuchamos por primera vez, el canto de arrayan.

-Primeras notas del niño perdido-

Bueno, eso lo supimos tiempo después.

Que ese sonido-lamento, venía del arrayan.

Hasta la piel se me enchina.

Pero ese día, ahí morro, en el estadio,

Nadie quiso investigar si caería una tercera bala.

Todos soltaron sus armas,

Como si estuvieran malditas

Y a correr.

Todos.

Un cagadero, una escandalera.

Ese día solo hubo 2 muertos más por balas.

Pero mucho más por la *corredera*.

Muy cabrón.

Desde aquella fecha, siempre que canta el arrayán

Sabemos que alguien ha muerto...

¿Sabe qué creo yo?

Que esas balas...

Son un castigo de Dios.

Cállese. Dios no existe, y si existe no creo que ande echando bala.

Pos nomás lea el antiguo testamento.

Yo digo, que tanto plumazo que tiramos pal cielo, pues están regresando...No me pregunte cómo,

pero tanta bala perdida... Encontró el camino de regreso.

III.

Dos hermanos.

Ella está ciega. Él mira al futuro.

- Ándele, ¿Va a seguir ahí?
- ¿En dónde?
- Ahí donde está, en su cabeza, en sus pensamientos...
- No...
- ¿Hoy tampoco me va acompañar a buscarlo? ¿Verdad?
- ...
- ¿Soñó algo más?
- No. Y ya no me hagas preguntas.
- Un río junto a un arrayán, y un niño.
- Déjame en paz plebe.
- Anda.
- ...Soñé. Que tú y yo estábamos lejos de aquí.
- Cuéntame lo del niño, anda... hazlo por mí.
- Estábamos tú y yo.
- Caminando sobre arena.
- Sobre arena, Y del otro lado llovía. Y el agua hacía que se llenara un río.
Y del otro lado del río...
- El Julián.
- Solo te dije que era un niño.
- ¡Claro que es él! ¿Y qué más?
- Y llovía mucho... como antes. Y el, el niño... nos señalaba un árbol.
- Un arrayán. ¿Y las luciérnagas?
- ¿Qué luciérnagas?
- Las del sueño.
- Yo no soñé luciérnagas...
- Ah, entonces fui yo.

- ¿Qué trajeron de comer?
- Mangos, pero están desabridos, ya sabes.
- Alimentan.
- Comemos y vamos a buscar el río
- El río está seco.
- Pero tus sueños no.
- Son solo eso, sueños.
- ¡Sueños que miran el futuro!
- Qué no.
- Tú soñaste lo de las balas antes de que sucediera...
- Fue una coincidencia.
- Debemos ir al arrayán.
- ... No puedes andar allá afuera nomás así... caminando como si no llovieran balas
- Mira, si una bala es pa ti, es pa ti.
- No digas tonterías.
- A Pancho, el de la tienda... él estaba bajo techo, y a la bala le valió madres, atravesó el concretó y saz.
- Eso no es cierto.
- No me creas pues...
- Hermana.
- Allá afuera está nuestro hermano, y tú no lo estás buscando.
- Hermanita...
- Está vivo...
- ...
- Sin miedo, sin pena... Lo vamos a encontrar.
- Es hora de irnos de la ciudad...
- ¿Y quién te ha dicho a ti que quiero irme?
- ¿No tienes miedo?
- Siempre, pero hay que seguir...

- ¡Que necia eres!
- ¡Un niño no puede desaparecer así nomás, sin que nadie lo haya visto!
- ...
- Y levántese pronto, que usted me va a ayudar...
- ...
- Tú eres mis ojos... ¿Comprendes?
- ¿A dónde vas?
- A buscar.
- Ven. ¡Regresa! ¡Las balas! ¡Las balas!

IV.

Él.- Pobre Doña Chata.

Ella.- Pobre. Le cayó la bala mientras hacía pipí. La muerte la encontró con los calzoncitos abajo.

Él.- Y ella tan penosa que era...

Ella.- Lo bueno que llegué antes. La dejé presentable. En su caja y todo.

Él.- ¿Te pagaron?

Ella.- Pos claro. Decían que no tenían... Es lo que cuesta, les dije... Tuvieron que conseguir el pago.

Él.- No seas así.

Ella.- ¿Entonces, cómo vamos a juntar el dinero? No comiences con sentimentalismos.

Él.- Pero

Ella.- Unos venden, mangos, otros zapatos usados, noticias falsas... Nosotros vendemos cajas y oraciones.

Él.- Y un adiós digno.

Ella.- Eso depende del muerto, no del valor de la caja.

Él.- ¿Cuánto dinero nos falta para poder irnos?

Ella.- Casi la mitad.

Él.- ... Necesitamos más jale.

Ella.- Más muertos.

Él.- Cállate. No lo digas así.

Ella.- Está bueno... ¿Y si nos toca una bala antes?

Él.- No pienses en eso.

Ella.- Solo pido que no me agarre en el baño.

Él.- Cállate.

Ella.- Oye, ¿Tú me vas a enterrar, o vas a contratar a otro para que lo haga?

Él.- No dejaría que nadie te tocara.

Ella.- Me dejas bonita

Él.- Pos si eres bonita...

Ella.- ...

Él.- ¿Y sí me da a mí?

Ella.- Eso no va a pasar. Juntaremos ese dinero antes, para poder irnos.

Él.- Si me da primero una bala, déjame ahí. Total, todos nos haremos tierra. Agarra todos nuestros centavos y pélate de aquí.

Se escucha el canto de arrayán.

Ella.- Ya empezaron a caer. Chíngale, no sea que los malos nos ganen el muerto. ¿A dónde voy?

Él.- Me toca el norte.

Ella.- Corre.

Él.- Mire...

Entra el joven corriendo.

Joven.- Señores.

Ella.- Señorita, que mis arrugas no te confundan.

Él.- ¿Y ahora qué quieres muchacho?

Joven.- Mi hermana, otra vez no la encuentro.

Ella.- ¿Y luego?

Él.- ¿Dónde fue?

Joven.- No sé, salió a buscar a nuestro hermanito.

Ella.- No la culpo. Usted debería hacer lo mismo.

Joven.- Es muy peligroso para ella.

Ella.- Todos corremos peligro, plebe. Y discúlpenos, pero tenemos trabajo que hacer...

Él.- Pero aliviánese, está todo blanco..

Joven.- Escúcheme.

Él.- Está bueno, a ver... ¿Qué? Rápido.

Joven.- Lo que le vengo a pedir no es fácil.

Ella.- Al grano chamaco.

Él.- Dilo ya.

Joven.- Verdad que es normal que la gente no encuentre a sus muertos.

Ella.- Mejor vaya y ayude a su hermana.

Él.- Esa muchacha ha buscado debajo de cada piedra, ha ayudado a encontrar gente que creíamos muerta.

Joven.- Pero ¿y si le da a una bala ?

Él.- Mira, Te lo voy a poner así: Aquí tienes dos listas: Una de muertos y otra de desaparecidos. ¿En dónde vas a escribir el nombre de tu hermano?

Ella.- Escribalo... ¡Escriba!

Joven. - ... No puedo.

Él.- Entonces hágale caso a su hermana.

Ella.- La Incertidumbre es el veneno que se alimenta de la fatalidad...Usted solo se mueve por dentro, eso no nos sirve de nada.

Él.- Usted tiene ojos. Y ella corazón. Necesitan hacerse uno. Con permiso.

Joven.- Me han dicho que ustedes saben cómo salir de aquí.

Él.- No.

Ella.- Ni pienses en eso. Eso cuesta mucho dinero.

Joven.- Lo tengo.

Él.- Vámonos ya, vieja.

Ella.- ¿Tiene dinero? ¿como para irse?

Joven. - Sí... Las joyas que dejó mi madre. Pero necesito que me ayuden... Les pagaría.

Ella.- ¿Cuánto?

Joven.- Lo que me pida.

Ella.- ¿Qué necesita?

Joven.- Una mentira, una mentira que haga descansar el corazón de mi hermana... ¿Me doy a entender?

Él.-... Nosotros no podemos hacer eso. Vámonos, mujer.

Ella.- Espera.

Él.- Vámonos.

Ella.- Eso cuesta mucho dinero.

Joven. - Lo sé. Un Sepelio no es barato.

Ella.- No lo es.

Joven.- ¿Me va ayudar?

Ella.- Su hermana está aquí atrás, en mi cuarto. Ahora duerme.

Joven.- Salió a buscarlo.

Ella.- La encontré gritando el nombre de su hermano. Estaba toda asoleada... me pidió que la llevara a un río que no existe....

Joven.- ¿Está bien?

Ella.- Duerme... La conozco desde niña... A ustedes tres los conocí desde morrillos... Son como de mi familia ¿Comprende?

Joven.- Lo entiendo, por eso se lo pido.

Ella.- Me está pidiendo un muerto.

Joven.- Le estoy pidiendo resignación para el alma de mi hermana. Le estoy pidiendo la oportunidad de una nueva vida para los dos... Una vida lejos de este lugar... Pero ella no se irá hasta encontrar al niño.

CAPITULO II.

La ciudad de abajo.

V.

La arena.

Dos fuerzas dominaban a esta ciudad:

Dinero y poder.

Poder y dinero.

Indivisibles.

Uno alimentaba al otro.

Exagera, también los movía la comida, y la belleza y su música... Su música.

Dinero y poder.

No importaba cómo.

No importaba el costo.

No importaba si era obtenido o arrebatado.

Tampoco: Había gente honesta: barrenderos, cajeras, gente que vendía fruta en tu puerta, cocineros, de todo. Lo que pasa es que la gente nomás ve lo malo.

De la justificación de sus ambiciosas acciones,
pasaron a la normalidad.

De la excepción, a la regla.

Hasta sentirse orgullosos de su maldad.

Hay gente que se acostumbra al desmadre.

La maldad acarició la raíz.

Los niños mataban animales por curiosidad.

Sí había muchachos cabrones, como en todos lados.

Y jugaban a que mataban a otros niños.

Unas madres lloraban por sus muertos, otras por sus asesinos.

Mujeres hermosas, mandaron a romper sus cuerpos para llenarlos de plástico y ofrecerse como trofeo.

Mujeres vanidosas, nomás.

Los hijos servían para conseguir casas o dinero que obtenían de los hombres con poder...

Sí había mujeres así. Pero ya no.

Y los hombres... los hombres desaparecían a otros hombres por más dinero.
Dinero para comprar cosas cada vez más grandes, según el tamaño de su
estupidez y culpa.

Todo ocurría ante la plácida mirada de las personas buenas.

Una noche sucede un milagro:

Después de una tarde de fiesta
una niña camina de la mano de su padre.

Sonríen.

Una bala cruza el pecho del hombre.

La niña lo mira todo.
Incluyendo al hombre que dispara.

El cuerpo de un hombre cae.

Dos almas no quieren soltarse.
Dos manos.

La niña no quiere apartarse de su padre.

Ahí están, en medio de una calle, en silencio.
Acomoda el cuerpo de su padre, de manera que mire las nubes.

Ella mira la mano grande del hombre que se está haciendo pequeño.

La gente buena, mira desde sus casas.

Se hace la noche,
ella decide dormir en el pecho del hombre que le enseñó las margaritas.

La gente buena, mira desde sus casas.

Duerme.

Esa noche, la niña sueña.

Sueña que el cuerpo de su padre se convierte en granos de arena.

La arena se multiplica,

la arena crece como el dolor de la niña,

crece como la ausencia que se expande en su alma.

Crece con la velocidad de sus pensamientos.

Se extiende como el odio que sentirá días después.

Crece como el grito largo que se enterró en su garganta.

Crece, y cubre la calle

Y se expande,

A los autos, y a las casas de las personas buenas.

La arena cubre los edificios.

La arena cubre los escritorios donde se compraba la justicia

Los amplios caminos de la ciudad.

Los puestos de periódicos.

Y las sillas de los políticos.

Toda la ciudad queda bajo la arena, incluyendo a la niña que sueña en el pecho
de su padre.

Todo queda cubierto.

Desaparece.

Al despertar: Todo lo soñado había sucedido

VI.

Los contadores de historias.

Hijo.- ¿Cómo estás papá?

Padre.- Cansado.

Hijo.- ¿Seguimos?

Padre.- Sí.

Hijo.- ¿Qué dice esta credencial?

Padre.- Era un tal don Pacho... trabajaba en una tienda.

Hijo.- ¿Me dejas intentarlo?.

Padre.- Ande mijo, hágalo.

Hijo.- Él era un hombre bueno. Escribe: Don Pacho Bernal, tuvo una buena mujer a su lado. El día que todo lo cubrió la arena, pudo cocinar para sus cinco hijos. Reían, mientras sus nietos corrían alrededor de la mesa... ¿Qué te parece?

Padre.- No está mal. A ver, este reloj...

Hijo.- Se mira muy ostentoso.

Padre.- ¿Y qué te dice eso?

Hijo.-Este reloj perteneció a un hombre malo.

Padre.-Pero no tanto.

Hijo.-¿Qué le vas a escribir?

Padre.-Lo nombraré: Armando Hernández. Fue un hombre incapaz de amar a alguien que no fuera él mismo. La última noche estaba tan borracho, que le fue imposible contestar una llamada. La llamada era de su hermano, que después de 10 años había tomado el teléfono dispuesto a reconciliarse.

Hijo.-Pero tenía un perro... Un cachorro que lo esperaba siempre.

Padre.- Escrito está.

Hijo.- Este es un título, es de una periodista.

Padre.- Sigue.

Hijo.- Ella murió antes de la Arena. Pero hizo que su voz siempre se escuchara en lo alto y en lo bajo, ella tiene muchos nombres. Nombres poderosos. Sus palabras serán escuchadas en voz de otras mujeres.

Padre.- Serán escuchadas.

Hijo.- ¿Seguimos?

Padre.- Yo creo que por hoy es suficiente.

Hijo.- Identificamos 25 personas.

Padre.- 25 historias.

Hijo.- Y aquí ¿qué había? ¿Puedes recordarlo?

Padre.- Me contaron que aquí había un estadio; la gente jugaba algo.

Hijo.- ¿Recuerdas qué?

Padre.- No.

Pausa.

Hijo.-Diremos que la gente se reunía para ver a otros jugar. Escribiremos que aquí había un estadio, donde la gente cantaba. Cantaba canciones ruidosas y bailaban. Y les gustaba comer bien y abundante.

Padre.- ¿En el estadio?

Hijo.- Sí.

Padre.- Qué raro.

Hijo.-Contaremos que veían deportes, mientras comían carne asada. Y que mientras eso sucedía la gente contaba chistes ...

Padre.- No, eso ya es demasiado.

Hijo.- ¿Tú crees?

Padre.- Si contaban chistes bailaban y comían, ¿a qué chingaos iban a un estadio?

Hijo.- Quizás tengas razón.

Padre.- Tápate, ya va a llover de nuevo.

Hijo.-... Me gusta esta lluvia.

Padre.- A mí también.

Hijo.- Ya viste que se están formando tres ríos.

Padre.- Parecen tres espejos.

Hijo.- ...

Padre.- Mira: el agua tiene memoria, siempre busca regresar al mismo camino.

Hijo.- Y las personas.

Padre.- Solo las incapaces de imaginar otro rumbo.

Pausa.

Hijo.- ¿Has visto al niño?

Padre.- ¿Cuál niño?

Hijo.- El del arrayán.

Padre.- No te vuelvo a contar, luego sueñas feo.

Hijo.- Lo soñé...

Padre.- Te digo...

Hijo.- Soñé que al niño... y veía a otras personas. Una jovencita me preguntaba por él, no sé por qué, pero yo sabía que era ciega.

Padre.- Válgame.

Hijo.- Y el niño, me señalaba el arrayán.

Padre.- Ese árbol... fue lo único que no quedó sepultado por la arena.

Hijo.- ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Padre.- Espero que no...

Capítulo III.

VII.

Instrucciones para reconocer a un hermano.

Busco a un niño. Julián ¿Cómo lo reconocerá?

Su voz es un baile.

Su voz es un barquito que navega en la sonrisa de mi hermano.

Si lo ve. Dígale que lo estoy buscando.

Y atrápelo porque corre. Corre, pero no se preocupe.

Lo encontrará porque va dejando un rastro de risitas flotantes.

También lo reconocerá porque ilumina las tristezas.

Su presencia es primavera en mis manos.

Y sus manos corren por pequeños caminos que llevan al lado bonito del corazón.

De verdad, créame, lo reconocerá si camina a su lado.

Huele a Mango y a la brisa de marzo. A leche y miel, al inicio del día y la última oración de la tarde.

Suele enamorar luciérnagas que vuelan junto a él para no perderse.

A veces, llora. Y llora porque los grillos mueren cantando en sus manos.

Y los entierra, y les silba canciones que el abuelo le enseñó en el campo.

Y juega. Juega mucho a esconderse.

Por eso está perdido.

Si lo encuentra, y me ve caminando, dígame por favor que me alcance y camine a mi lado.

VIII.

Un pequeño cadáver que de vida.

Él.- Es una locura.

Ella.- ¿Y quién no está loco en este lugar?

Él.- No cuentes conmigo.

Ella.- Lo haré sola entonces.

Él.- ¿Por qué?

Ella.- Porque necesitamos el dinero... Porque el chamaco aceptó el trato. Te juro que no le pedí un centavo más. Nos conviene a todos.

Él.- ¿Le mentirías a la niña?

Ella.- ¿Tú crees que Julián está vivo?

Él.- No lo sé.

Ella.- No está vivo, tú y yo lo sabemos bien.

Él.- Eso no nos da derecho a mentir.

...

- Sabía que puedo contar contigo.
- Ponte un sombrero antes de salir.
- Contigo, será más fácil.
- Caminaremos hacia el norte.
- No, mejor junto al río. Lo encontraremos.
- ...

- Estás llorando.

- No quiero perderte. Lo sabes, ¿verdad?

...

Él.- ¿Y si Julián está vivo? Yo no podría ver a la niña a los ojos.

Ella.- Lo aceptarás, lo aceptaremos... así como aceptamos la muerte de mi madre y de tu padre... La muerte de nuestra vida soñada.

Él.- La muerte de nuestra ciudad.

Ella.- ... Yo amaba nuestra vida aquí.

Él.- ...

Ella.- ...

Él.- Aquí, teníamos un pacto no dicho: hablarnos de frente.

Ella.- ...

Él.- Nunca le tuvimos miedo a la verdad.

Ella.- Hasta que la verdad fue una piedra que nos rompió la cara.

Él.- ...

Ella.- Esa es la caja, una caja pequeña... la más bonita, la más blanca. Necesitamos un cuerpo pequeño. Un cuerpo que alguien dejó de buscar.

Él.- Un cuerpo de niño.

...

- ¿Ves algo?
- Un atardecer.
- ¿Siguen siendo tan bonitos?
- Sí.
- Como un abrazo de familia, decía Julián.
- No me acuerdo.
- ¿Cómo puedes olvidarlo? El plebe te esperaba en la puerta a que regresaras... No comía hasta que llegaras...
- Sí.
- Y te pedía que le contaras historias.
- No digas nada.
- ¡Julián! ¡Julián! ¿Por qué no gritas?
- No puedo.
- Tú tienes la voz más fuerte.
- No puedo.
- Gritemos.

Él.- Está hecho.

Ella.- ¿En dónde está?

Él.- En la caja.

Ella.- ¿Quién es?

Él.- ¡Deja de hacer preguntas! Ya tienes tu peso en la caja.

Ella.- ¿El cuerpo?

Él.- El peso. No vas a abrir la caja.

Ella.- ...

Él.- ¿Qué?

Ella.- No sé qué le diré al tenerla frente a mí.

Él.- Tranquila. Solo tienes que decir el discurso de un funeral, lo que les dices a todos...

Ella.- Sí.

Él.- ¿Estás dudando?

Ella.- ... No. Lo digo, recibo el dinero y nos vamos.

Él.- Apúrate.

Ella.- ¿Me ayudas con la caja?

Él.- No. Es tu muerto... cárgalo.

IX.

Padre.- ¿Dónde viste al niño?

Hijo.- Ahí, junto a ese río que está naciendo.

Padre.- No hay nada.

Hijo.- Tengo la imagen de su silueta, pero nunca he podido ver su rostro.

Padre.- Probablemente le da pena.

Hijo.- ¿Y ese sonido?

Padre.- Es el arrayán.

Hijo.- Me gusta.

Padre.- Es como si hiciera cantar al viento.

Hijo.- Como si quisiera susurrarnos algo, quizás quiere que nos acerquemos más...

Padre.- ¿Quieres intentarlo?

Hijo.- No...

Padre.- ¿Miedito?

Hijo.- Ya... ¿Qué hubo aquí?

Padre.- Un río que le daba el nombre a esta ciudad.

Hijo.- Dices que nadie recuerda el nombre ¿verdad?

Padre.- No.

Hijo.- Ay... mi pobre niño / Por donde estas / Que viento te llevo / Tras las calles sin luz Ay... mi pobre niño / Por donde estas / Que viento te llevo / Tras las calles sin luz...

Padre.- ¿Y eso? ¿Dónde lo escuchaste?

Hijo.- No lo sé... Me hizo acordarme del niño.

Padre.- El niño que no existió...

Hijo.- ¿Por qué hacemos esto?

Padre.- ¿Qué?

Hijo.- Intentar recuperar la historia de algo que ya no existe.

Padre.- Las historias, hijo, son de todos. Nuestra idea del mundo a partir de lo que los hombres y las mujeres miran... Tú, por ejemplo, tienes una historia acerca de mí, pero solo sabes una parte... Siempre hay huecos que la imaginación llena. Los hechos, son versiones que observó alguien más. La historia se teje con realidades, ficciones y hechos.

Toda historia no es otra cosa que una infinita catástrofe de la cual intentamos salir lo mejor posible.

Lo que nosotros hacemos aquí es un juego, no te lo tomes tan en serio...

Hijo.- Mira, papá...

Padre.- ¿Qué?

Hijo.- ¿Lo ves?

Padre.- Sí.

X.

Hombre.- Es como si quisiera borrarirme...

Ella.- ¿Qué?

Hombre.- Este sol, parece que quisiera desaparecerme de la historia, no se va a poder...

Ella.- Ya veremos...

Hombre.- Esta ciudad me pone de muy mal carácter.

Ella.- No vine a hablar del clima...

Hombre.- Es verdad lo que dicen de las mujeres de esta ciudad, directas y enfadosas como rayo de sol... ¿Tienes el dinero?

Ella.- Aún no.

Hombre.- No me hagas perder mi tiempo.

Ella.- ¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

Hombre.- ¿Tengo la apariencia de alguien que necesita mentir?

Ella.- ...

Hombre.- Mujer... yo lo veo así: estás en un pozo, y te estás ahogando, y de pronto cae una soga, una soga que te ayudará a salir del pozo. ¿Qué haces? Miras la soga, y te preguntas: ¿Pero y si al tomar la cuerda, resulta que se rompe? ... ¡Claro que no, sería una estupidez! La aprietas y te aferras a ella como como cachorro a la ubre de una perra. Y si resulta que efectivamente la cuerda se rompe... No has perdido nada... te encuentras en el mismo lugar de mierda... Quizás un poco más decepcionado... pero en el mismo hoyo.

Ella.- Sí pero...

Hombre.- Sé lo que vas a decir: “en ese caso, no estoy pagando por la cuerda” ¿para qué te sirve el dinero en un lugar donde sabes que vas a morir? De hecho, no sé por qué estoy hablando contigo.

Ella.- ...

Hombre.- Trae el dinero, y yo te ayudaré...

Ella.- ¿Cómo saldremos?

Hombre.- Por eso me encabronan las mujeres, quieren una explicación de todo, desconfían de todo... Les respondes y no paran, siguen haciendo preguntas. Yo pongo las reglas. Tú pones el dinero... Dame tu mano. Ahí tienes. Esa es la cifra. En efectivo, o en joyas... no hay más.

Ella.- El dinero...

Hombre.- Ni una palabra más.

Ella.- La cantidad que pide...

Hombre.- Esas son 4 palabras. Hasta aquí llegamos, traiga un hombre con el que se pueda hablar.

Ella.- Es conmigo o no hay trato.

Hombre.- No hay trato entonces.

XI.

- ...

- No me gusta tu silencio.

- Llegamos, es aquí el lugar de mi sueño.

- ¿Y el río?

- Ya no hay río.

- ¿Qué miras?

- No miro nada. Y ya me quiero ir de aquí.

Suena el lamento.

- El lamento... ¡Corre!

- Espera... Si hay una bala para nosotros será aquí.

- Corre. ¡Escóndete aquí!

- ¡No te muevas te dije!...

Pausa.

- ¡Escóndete aquí!

El joven está escondido.

- ¿De qué te escondes hermano?... ¿Qué pena hace un hueco en tu corazón?

Ay... mi pobre niño / Por donde estas / Que viento te llevo / Tras las calles sin luz Ay... mi pobre niño / Por donde estas / Que viento te llevo / Tras las calles sin luz...

Capítulo 4.
El túnel y las luciérnagas.

XII.

Padre.- Toda historia no es otra cosa que una infinita catástrofe de la cual intentamos salir lo mejor posible.

Hijo.- Mira, papá... ¿Lo ves?

Padre.- Sí.

Hijo.- Lo estoy viendo papá.

Padre.- Yo también, pero es borroso... Describe lo que miras...Graba.

Hijo.- Es un niño, un niño pequeño, de unos siete años. Tiene puesta una chamarra café y un pantalón viejo, no usa zapatos. El niño ríe junto al río y lanza piedras...El niño se detiene y me mira, y cuando me mira... Puedo ver: Puedo ver a su hermana, puedo ver a su hermano llorando y puedo ver...

Padre.- Puedo ver a otros dos hombres, y una caja de muerto y dinero que cae en el río, y atrás de ellos puedo ver una ciudad, puedo ver la ciudad enterrada que antes se movía, y puedo escuchar los autos, y las risas de la gente, mirar los edificios y el paseo de los jóvenes junto a un río, el primer beso de una pareja y puedo ver parques y dentro de las casas, como la gente llega del trabajo, y escucho sus risas mientras comen pan y hablan de la jornada del día, y puedo ver que lloran, puedo ver que lloran en silencio porque tienen miedo, viven con el miedo que una bala les toque, balas que no vienen del cielo...

Hijo.- Papá, el niño. El niño se escondió en el arrayán.

Papá.- Vamos.

XIII.

Él.- Me cuesta trabajo mirarte...

Ella.- Ayúdame.

Él.- Hay algo a lo que jamás me acostumbré: A mirar la culpa en los rostros de los muertos... Vi personas corromperse y morir por eso.

Ella.- Lo necesitamos... Es un nuevo comenzar para los cuatro.

Él.- Seremos muertos con gestos de culpa.

Ella.- Y entonces ¿Por qué me ayudas?

Él.- ¿Qué haría yo sin ti?

Ella.- A veces hay que torcer un poco para que el muerto quepa en su caja. Tú me lo decías.

Él.- ¿Qué haría yo sin ti?

Ella.- Los muchachos nos esperan en el río.

Él.- Cualquier cosa que diga, no te hará cambiar de opinión, ¿cierto?

Ella.- ...

Él.- Caminemos.

...

Padre.- Puedo ver a otros hombres con lodo en el alma... y atrás de ellos una ciudad, puedo ver la ciudad enterrada que antes se movía, y puedo escuchar sus risas tratando de escupir el sarro que cruje en su garganta, Puedo mirar los edificios y como miran a los jóvenes junto al río, y los puedo ver los parques solos y a ellos escondidos en departamentos, y escucho sus risas mientras comen grasa y hablan de la jornada del día, pero son hombres solos y puedo ver que revientan sus mandíbulas mientras duermen, porque intentan llorar pero tienen miedo, temen que una bala se pierda y rompa una ventana y termine en el cabeza de sus hijos.

XIV.

- ¿Escuchaste?
- ¿Qué?
- ¡Julián! ¿Escuchaste?
- ¿Qué?
- ¡Los grillos!
- Solo son grillos.
- ¿No te das cuenta? Aquí ya no sonaban los grillos.
- ¿Y?
- El niño siempre cargaba con ellos. ¡Julián!

Hombre.- ¿Y usted no habla?

Él.- No cuando ella lo hace.

Ella.- Traigo el dinero.

Hombre.- ¿Usted no habla, señor?

Él.- No cuando ella lo hace.

Hombre.- Desdichado del hogar donde canta la gallina.

Ella.- Traigo el dinero.

Hombre.- Sabe, buen hombre. Hay un sonido que me ayuda a escuchar los molestos parloteos de una hembra. ¿Sabe qué sonido es? El oro. El oro bailando en una bolsa.

Él.- ...

Hombre.- Y usted guarda silencio, y hace bien. Porque sabe que mi temperamento es frágil y mis dientes afilados.

Ella hace sonar la bolsa.

Hombre.- ¡Señora! ¿Dónde había estado?

Ella.- Traigo lo que me pediste.

Hombre.- Yo no pedí nada, tú lo ofreciste.

Ella.- Como sea.

Hombre.- Bien, el dinero está completo. Bueno, cerremos el trato ¿con quién estrecho la mano?

...

- ¿Qué por qué te quedas callada?
- Luciérnagas.
- ¿Qué?
- Veo luciérnagas.
- ¿Cómo puedes?
- No lo sé... ¿tú también las miras?
- No. Dos personas caminan hacia nosotros. Dos amigos que cargan una caja blanca.

...

Hombre.- Bueno, cerremos el trato ¿Quién estrechará mi mano?

Ella.- Ya le di el dinero.

Hombre.- Lléveselo, no me hace falta.

Él.- Aquí tiene mi mano.

Ella.- No. Es mi muerto. Deme su mano.

Hombre.-...

Él.- Aquí me tiene.

Hombre.- Bueno, Decídanse... Me siento deseado.

Él.- Si queda algo de honor en usted, tome mi mano.

Hombre.- ¿Hembra, quiere cerrar el trato? Lo haré con él. Si no, llévese su dinero.

Ella.- Usted y yo ya somos iguales. Señor, tome mi mano.

Hombre.- Perfecto, ya decidí.

El monstruo estrecha la mano del hombre.

Hombre.- Bienvenido al negocio del miedo.

Él.- No te confundas.

Hombre.- ¿No es por miedo que aprieta mi mano? Bien... ¿Quién de ustedes es el que se irá?

Ella.- Es para dos jóvenes.

Hombre.- Entonces aquí falta la otra mitad.

Ella.- ¿Cómo?

Hombre.- Usted solo pagó uno.

Ella.- Le dije claramente que era...

Hombre.- Las mujeres no saben hacer negocios... Si son dos, quiero el doble.

XVI.

¿Escuchas? La lluvia viene,
viene rápido, son como zapatitos
de niños corriendo.

Joven.- Está lloviendo papá.

Dos hombres caminan con una
caja.

Padre.- ¿Y el niño?

Joven.- Las pequeñas luces.

No llueve hermana.

Padre.- Son como gotitas que brillan
¿Escuchas las alas transparentes?

Joven.- Son pequeñas historias... Una pequeña caja viene.

Padre.- En una gota, veo a dos hermanos
Agua limpia.

Padre.- Mire, yo le voy a decir una cosa: En esta ciudad uno nace con
temperamento feroz.

Entra los sepultureros, llevan una caja pequeña.

Llueve.

Ella.- Tenemos algo que decirte.

Él.- Todo estará bien, pequeña.

- ¿Está lloviendo?

Ella.- Querida niña...Ya no busques más.

- ¿De qué hablan?

- Ellos cargan una pequeña caja.

- No entiendo.

- Es para nosotros.

...

Papá.- Del veneno rojo en su corazón, solo pueden surgir dos cosas: un encabronamiento natural, que estallará sobre lo que usted ama.

O en algunos casos: El dolor le hará brotar un alma grande: un río furioso desbordándose, dispuesto destruir lo que uno cree que es...

Él.- Mis condolencias a la familia... Comienza.

Ella.- Nuestro corazón se llena de un inmenso vacío y de una profunda tristeza al saber a ciencia cierta que no volveremos a ver físicamente a esa persona en este mundo.

- Cállense.

Ella.- Ya niña, tranquila... Encontramos a tu niño.

- ¡Diles que se callen!

- Traen una caja, hermanita. Lo encontraron.

- Quiero verlo...

- Abran la caja.

- ¡Déjenme tocarlo!
- Soy tus ojos. ¿Verdad?
- No me toques.
- Abran la caja.

Destapan la caja. Son solo piedras.

- Es él... Es él.
 - Quiero tocarlo.
 - No puedes.
 - Mírame hermano. No es él. No sé qué veas. Pero estoy segura que no Julián. Mira con los míos... te pregunto de nuevo. ¿es él? ¿Es él?
 - Sí.
 - Pon mi mano sobre su corazón.
 - No, no puedes.
 - Mi mano sobre sus ojos.
 - No puedes.
 - No es él. ¿Dónde está el arrayán?
- Él.- Ya váyanse, toma a tu hermana y váyanse.
- ¡Llévenme al arrayán!

- Hermana...
- No digas nada, estoy pensando cosas que me hacen odiarte... no digas nada porque lo recordaré.
- Es hora de irnos.

Ella.- Niño, vayan con ese hombre, él les mostrará el camino.

- Si tú me llevas al árbol y Julián no está ahí, entonces yo misma enterraré esa caja. Rezaré y besaré tu mentira y masticaré los clavos que unen a esa caja ... Llévame a al arrayán.
- No puedo.

Hijo.- ¿Qué tienes papá? ¿Por qué te detienes?

Padre.- Ella lo sabe... El niño no está vivo.

Hijo.- ¿No lo encontró?

Padre.- Ella lo sabe.

Ella corre en la arena

Corre.

Como un sueño...

Sus pies y tobillos

se hunden

se hunden.

Pero los recuerdos bellos son huracán en el pecho.

Avanza.

Con sus uñas con sus manos

Con el fuego de su vientre

Dos viejos miran su caja de piedras.

La sueltan...

Y la niña

corre.

Busca su corazón en la arena.

Los viejos en silencio se miran.

En la niña se miran.

En la esperanza que perdieron.

En lo que ya no son

y fueron.

¿Por qué duele tanto la verdad?

Preferimos ahogarnos en mentiras.

Preferimos soltarnos y caer solos.

Y mentirnos que caemos juntos.

¿Y qué somos cuando nos miramos?

No somos los mismos.

Los que una vez quizás fuimos.

Cargamos piedras y hablamos de volar lejos.

Hijo.- ¿Qué más?

Padre: Un hombre con lodo en la boca la espera... junto al arrayán.

Hijo.- ¿El niño no está ahí papá?

Padre.- Vámonos.

Hijo.- No papá. ¿Qué más?

Padre.- Estoy cansado... No quiero seguir.

Hijo.- ¿Qué más?

Padre.- No quiero decirte...

Hombre.- ¿Quien eres tú?

- Una mujer que busca a su pequeño hermano.

Hombre.- Bueno, pues yo te recomendaría un par de ojos para empezar...

- Solo quiero tocar a mi pequeño hermano.

Hombre.- El dolor traza extraños laberintos. ¿No?

- No es el dolor, sino la fe.

Hombre.- ¿Buscas al niño del arrayán?

- ¿Qué? ¿Me puede ayudar señor?

Hijo.- ¿Por qué se calla?

Padre.- No quiero decirte.

Hijo.- ¡Siga!

Padre.- No.

Hijo.- ¿Por qué?

Padre.- ... Porque quisiera contarte una historia bonita. Quisiera contarte la historia de un reencuentro. Quisiera decirte que las personas buenas se encuentran... que si uno entrega su corazón Y busca aquello que ama encuentra paz... pero no es así... no siempre es así...

Hombre.- Me recuerdas a mi madre... Ella también me buscaba. No se sorprenda. Hombres como yo también venimos de la carne de una mujer. Aunque parezca que nos escupió la tierra.

Conocí a tu hermanito...

Y lo sé porque reconozco el rostro del tipo de enfrente.

- ¿Dónde está?

Hombre.- ¿De verdad quiere saber?

- Sí.

Hombre.- Un niño jugando en la arena... aparece una ardilla... La sigue... encuentra un túnel.

Descubre que, siguiendo las raíces, se puede llegar a lugares nuevos...se da cuenta que puede escapar de este lugar... pero no lo hace...Regresa. Quizás regresó por ti.

Vuelve, y... la casualidad: Encuentra a otras personas perdidas... les muestra el camino el chiquillo cabrón.

¡Y regresa! Sale de la arena como perrito de pradera.

Y ahora, como mal chiste, encuentra a una anciana lenta como la chingada y la lleva hasta el túnel...

- Ese era él.

Hombre.- El niño sale de la tierra y corre a su casa. Pero el destino es un perro carnicero: Canta el arrayán... Llueven balas.

Padre.- Pero las balas caen a su lado.

Hombre.- Y, escucha... esto no lo sabias.... Ahí en ese mismo lugar: Tu otro hermano... Se había escondido bajo una piedra... Incapaz de correr por tu hermano.

Padre.- Las balas caen.

Hombre.- Corre al túnel... pero escucha un grillo... ¡Un insecto asustado en medio de la balas! y el morrito cree que es importante y decide salvarlo.

Padre.- Julián descubre a una niña, y corre a protegerla. Así... con sus bracitos.

Hombre.- El niño atrapa al grillo... y va de regreso.

Padre.- Los niños corren.

Hombre.- Tu hermano mayor lo observa todo. Quiere gritar, pero la voz se hace tierra en la garganta.

Padre.- La niña.

Hombre.- Algunos cobardes solo se mueven por dentro.

Padre.- Ella entra al túnel, la niña con tierra en las manos... desciende y mira a Julián.

Hombre.- Pero una bala tiene nuestro nombre.

Padre.- Una bala chiquita cae del cielo.

Hombre.- ¡Una pinche bala de este tamaño!

- ¿Dónde está?

- Hombre.- El niño se prende al arrayán con un chingo de miedo...

Padre.- Esconde su carita con las manos.... Cierra sus ojos. Y la bala...

Hijo.- Julián mira su bala, y le da tiempo de pensar en su hermano, y en su hermana, en sus ríos, y en sus atardeceres, en su comida y su música. En su cama y sus puentes en su mochila y sus amigos y en sus padres bailando un día de fiesta, y los junta todos, y los junta todos en sus ojos de luciérnaga. Y la bala cae.

Hombre. - El cobarde mira a lo lejos morir a su hermano.

Padre. - Y una bala cae en el corazón de Julián.

Hombre.- Cuerpo de niño sobre tierra

Hijo.- Se desvanece en 4 luciérnagas.

Y cada luciérnaga ilumina esa noche las calles sin luz.

La ciudad despierta... Con la luz despierta.

Se asoman de sus casas las personas buenas.

Hombre. - Las balas terminan... El silencio batos... el silencio.

Padre.- Julián es luz.

Hombre.- El cobarde mira el cuerpo y es incapaz de ayudarlo... Solo huye, huye con los perros corriendo a su lado.

- ¿Por qué no lo ayudó?

Hombre.- ¿Qué?

- No hiciste nada por él.

Hombre.- Alguien tiene que contar la historia.

- Tú eras el cobarde escondiéndose en las balas.

Hombre.- O nomás no me importó.

- Su miedo es un cuchillo que lo pudre por dentro.

- Hombre.- Por eso me encabronan las mujeres. Ándele, ahí está el túnel, lárguese. Tome al cobarde y váyase... Ya los viejos pagaron.

- ¿Y quién le ha dicho que quiero irme?

Hombre.- Haga lo que quiera, yo aquí voy a estar.

- Yo también. Aquí voy a estar. En este pedazo de tierra. Porque a pesar de todo, he sentido más amor que el que sus ojos pueden ver. Aquí, nacieron mis dos hermanos. Aquí mis padres se besaron hasta cansarse. Aquí rieron mis amigos. Y a pesar de las balas no nos fuimos. A pesar de nuestros muertos no nos fuimos. Usted dice que no nació de la tierra. Yo sí. Nací de mi tierra y de los ríos y de mi madre. Lárguese usted señor. Este nunca ha sido su lugar. Quédese con su dinero... Aquí solo se quedan las personas de alma grande.

Hombre.- ... Por eso me encabronan las mujeres.

El hombre sale.

La niña busca entre la arena... susurra el nombre de Julián.

La niña de entre la arena, extrae un zapato.

- ¿Es el zapato de Julián?
- ...
- Hermano, ¿Es su zapato?
- Es su zapato...su zapato... Es él... es él.
-

Del zapato... Un grillo.

- Julián... Te dije que te iba a encontrar.

- Perdón.
- No es tu culpa hermano. Yo también sentía miedo.
- ...
- No digas nada...
- Julián... Julián.

Todo sucede frente a la mirada de las personas buenas.

Hijo.- 4 luciérnagas palpitan sobre el arrayán.

Llueve.

Después de muchos años... Llueve.

Padre.- Un fragmento de luz. Un pequeño incendio flota en forma de luciérnaga.

Hijo.- Se suspende frente a los ojos de su hermana...

Y ella puede ver,

Entonces puede ver a su hermano.

Un niño.

Un niño que es todos los niños.

Completo, sus ojos, y su cabello, su sonrisa y sus manos.

Sus hombros... su ombligo.

Sus pies sobre la tierra.

Entero. Sin poesía.

Sin sombras sin luz sin luciérnagas ni río sin balas sin arena sin lluvia sin
arena sin pena sin gloria sin miedo sin arena, sin miedo. Sin miedo.

Dos hermanos se miran.

Ella sabe que él está bien.

Él sabe que ella estará bien.

Y eso les basta.

Llueve y eso está bien.

Epílogo.

Padre.- ¿Qué?

Hijo.- Las historias... Nos ayudan a reflejarnos en nuestra... nuestra...

Padre.- Nuestra infinita catástrofe.

Hijo.- ¿Cuántas veces necesitamos ver una historia para comprenderla?

Padre.- No lo sé...

Hijo.- Papá, ¿Cómo era esta ciudad?

Padre.- Pero...

Hijo.- La verdad papá. La verdad.

Padre.- No sabes lo que dices...

Hijo.- La verdad.

Padre.- ¿Quiere saber la verdad?

Hijo.- Pos sí.

Padre.- La verdad hijo...

Hijo.- Pos sí...

Padre.- Está bien, ... Mire...

La luz de sala enciende abruptamente.

Oscuro en el escenario. Luz en el público.

“Y con el llanto de tres hombres existe todo.

Mientras los muchachos lloran

todo va desapareciendo.

Los niños, juegan.

Ya hay primavera”

Romina Enríquez/ 6 años... Mi hija.

Esta obra terminó de escribirse el 8 de noviembre de 2017.

Culiacán. Sinaloa.

